



∞PARTE AMARILLA∞

*“Devils roll the dice, angels roll their eyes
And if I bleed, you’ll be the last to know”.*

–Taylor Swift

✿ PLAYLIST ✿

1. *Into You* – Ariana Grande
2. *Feels Like We Only Go Backwards* – Tame Impala
3. *Life Is A Highway* – Rascal Flatts
4. *Kill Em With Kindness* – Selena Gomez
5. *Best Day Of My Life* – Glee Cast
6. *Close As Strangers* – 5 Seconds Of Summer
7. *Runaway* – Avril Lavigne
8. *the 1* – Taylor Swift
9. *YOUNGBLOOD* – 3OH!3
10. *Cruel Summer* – Taylor Swift

Capítulo 1

🏈 Drake 🏈

Dos años atrás...

—¿Estás coqueteando conmigo, Mendler? —Sus palabras se deslizan por mi piel en un susurro candente al oído.

Los vellos de mis brazos se erizan y mi sonrisa pícara se ensancha.

Claro que estoy coqueteando con ella. Si lo hago por mensaje de texto, puedo hacerlo en una fiesta rodeados de desconocidos.

—¿Qué te hace pensar eso, Sid? —Tomo distancia entre nosotros y bebo de mi vaso plástico para relajar la tensión en el aire.

—No se trata de pensarlo. Se trata de sentirlo...

El alcohol corriendo por mis venas y la música aturdiendo mis oídos me distraen de lo que sucede. En un movimiento; toma mi mano y la apoya sobre su pecho para que pueda sentir el calor de su piel con el tacto de mi palma. Y debajo de aquella capa, su corazón latiendo a gran velocidad. Es recíproco.

—¿Puedes sentirlo? —me pregunta mirándome a los ojos con un color cristalino que me encantaría surfear a profundidad.

Claro que puedo sentirlo. Por algún motivo, me derrito ante su mirada y me trago una respuesta. Las palabras sobran en momentos así.

Al desaparecer el contenido de mi vaso, lo dejo caer en el suelo.

Observo su vestimenta. Lleva un vestido de lentejuelas multicolor. No conozco chicas que se animarían a usarlo. Solo la conozco a ella. Sidney no tiene vergüenza de ser auténtica. Incluso con sus tacones aguja, sigo sacándole media cabeza.

Está cubierta de sangre falsa desde su cabello hasta su pecho, justo donde mantengo mi mano posicionada. Y la banda decorativa que recorre su cuerpo indica que es la reina del baile; en honor a una de sus películas favoritas, *Carrie*.

Por algún motivo, con Sidney Jones siempre fuimos amigos y sé que, en el diccionario, la amistad no se define por las ideas contundentes que recorren mis pensamientos. Sobre todo, al ser inapropiadas. Y, por algún motivo, mi objetivo es olvidarme de nuestro vínculo por esta noche y transformarlo en uno auténtico. Espero que ella desee lo mismo.

La sostengo de la cintura y, en un movimiento rápido, la acorralo contra la pared del pasillo de mi casa. Le quito importancia a las personas que caminan y hablan a nuestro alrededor. En este momento, somos dos. Nadie más.

Le devuelvo lo que me provocó hace unos instantes; mis labios rozando el lóbulo de su oreja derecha en un cálido susurro determinante:

–Sidney, déjame besarte.

Siento su cuerpo arquearse ante mis palabras, permitiéndome que me deje llevar. Dos corazones agitados y una decisión: ¿qué puede salir mal?

En cuestión de segundos, mis labios encuentran los suyos y nos volvemos uno. Podría culparme por dejarme llevar, podría culparla a ella por no detenerme, pero prefiero disfrutar del momento. Después de todo, es un simple beso en una estúpida fiesta.

Era un simple beso. Lo era hasta que una de sus manos me toma de la cintura y baja hacia mi pantalón. Al parecer, para ella ya no lo es. Deja de serlo en mi cabeza cuando una de mis manos se enreda en su cabello largo y sedoso.

–Así que los rumores eran ciertos... –vacila de forma seductora sobre mis labios enrojecidos. Se me entrecorta la voz y le regalo un dulce beso.

–¿Rumores? –le pregunto desconcertado.

Antes de responderme, busca mi mano y no me queda otra que seguirla. Quiero seguirla. Subimos las escaleras y nos encierra en mi habitación que sorprendentemente está vacía. Me mantengo de pie por unos segundos hasta que me dejo caer sobre la cama y ella se sienta sobre mis piernas.

–¿De verdad quieres que te lo diga? –Mis manos se deslizan por sus caderas a la vez que ella se sostiene de mi cuello para acortar la distancia entre nosotros.

–Prefiero que me lo demuestres.

Entre besos y caricias, nuestros cuerpos se derriten en un mismo glaciario. Es un calor ardiente como el sol y celestial como el color de las olas. Un placer contundente que puede cambiarlo todo para siempre.

Es un polvo en una fiesta. Es un polvo en una fiesta con una chica cualquiera.

A excepción de que Sidney Jones no es una chica más, es mi amiga. Y muchas cosas pueden salir mal.

En especial, si me obsesiono con tenerla de esta manera.

Capítulo 2

Sidney

Sábado por la noche: 21:21 p. m.

Cuando escucho un portazo detrás de mí, se me ponen los pelos de punta.

Es oficial, ya no hay vuelta atrás: comienza mi primera aventura universitaria.

Para ser honesta, todo comenzó hace un par de horas cuando emprendí viaje y me despedí del hogar donde crecí. La casa de mis padres queda a 200 km de distancia del campus. Durante el viaje, lo único que hice fue dormir porque sabía que esta noche no podría hacerlo. Crecí consumiendo series donde los protagonistas que residen en dormitorios universitarios viven de fiesta. Y crecí viendo películas donde las protagonistas se besan con uno de sus crushes populares para ser invitadas a las fiestas privadas de las fraternidades.

Me preparé justamente para eso, no necesitaba nada más hasta este momento.

Nunca creí que me sentiría helada después de verlo por los pasillos.

Hace dos minutos lo vi desde el umbral de mi puerta. Por suerte, no me vio. Sabía que ambos vendríamos a esta universidad, pero definitivamente no me esperaba que nuestras habitaciones estuvieran cerca.

Me siento atónita y Phoebe tiene que sacudir su brazo de manera exagerada para que reaccione. Será mi compañera de habitación por este semestre y, si quiere, por un año. Me veo en la obligación de contarle quién es Drake Mendler y cómo pasamos de ser algo a dejar de serlo. Así, sin anestesia.



Sábado por la mañana: 09:04 a. m.

Me bajo del coche de mis padres y tomo dos maletas. A la más grande le falta una rueda, por lo tanto, me cuesta trabajo arrastrarla sin arrancarme un brazo. A la más pequeña me resultó imposible cerrarla del todo y corro el riesgo de que uno de mis sujetadores con dibujos de Minnie Mouse salga disparado. Con mi suerte, es capaz de aterrizar en la cabeza a un joven apuesto y arruinar mi reputación para siempre.

Para ser honesta, mi reputación no existe, se reinició.

Cuando uno termina la escuela secundaria, se resetean todos los elementos sociales de la cadena alimenticia. Aquellos que tuvieron la maravillosa suerte de ser populares en su adolescencia, en la universidad nadie los conoce. Por lo tanto, no ejercen esa superioridad todopoderosa sobre los demás. Quienes sufrían bullying, aquí nadie los molesta. Pueden caminar tranquilos por los pasillos sin que alguien les haga un calzón chino o los obligue a prestarles sus apuntes de clase.

En mi caso, era la chica gorda que estaba en la banda escolar y mantenía notas decentes. Siempre mantuve un perfil bajo. Nunca me importó juntarme con los populares. Daba la casualidad de que teníamos amigos en común y terminamos siendo un grupo. Al menos, se mantuvo de esa forma hasta que todo se fue por la borda.

Me pregunto cuál será mi nueva reputación y si tendré la posibilidad de encontrar un nuevo grupo de amigos.

Al caminar, el campus universitario me fascina. Es inmenso. Para empezar, en la entrada se encuentran algunas personas del centro de estudiantes repartiendo folletos. Me preocupo en tomar uno, siento que lo necesitaré en un futuro cercano. Sobre todo, si necesito saber cómo llegar a mis clases el lunes por la mañana.

Una vez dentro, caminamos sobre un suelo rocoso repleto de naturaleza verde a su alrededor. Nos topamos con algunos puestos de fraternidades y hermandades. Los representantes de cada casa utilizan sus colores distintivos y le sonríen solo a los que quieren invitar. No me sorprende pasar desapercibida. Tampoco aceptaría a una chica que apenas puede cargar con sus maletas y que su cabello es un desastre que no se molestó en arreglar.

Observo como una joven de cabello rojizo, vestida como si fuese la representación viva de una imagen de Pinterest, recibe uno de esos folletos. También, puedo ver como su madre se acerca a estrechar su mano con la chica que se lo dio, como si fuera su representante. Ugh. Las clases aún no comienzan y ya me agotaron la paciencia. Espero que mi compañera de cuarto no sea así.

Mis ojos pueden detenerse en cualquier sitio y el espíritu de comienzo de clases estará allí presente. Las edificaciones con banderines de colores y globos rodean el campus. Los edificios residenciales son los más numerosos. Al ser el último fin de semana antes de que

comiencen las clases, un gran porcentaje de ingresantes se encuentra buscando su residencia por el campo. Procuero no tropezar ni atropellar a alguien con mis maletas defectuosas.

–Sidney, ¿es necesario traer todas estas cosas? –pregunta mi madre mientras intenta seguirme el ritmo.

Salgo de mis pensamientos por unos segundos y le sonrío.

–Sí, mamá. –Observo como mi padre vacía el maletero del coche a lo lejos y nos sigue el paso a regañadientes. Odia todo lo que involucre sobrecargar su vehículo, es como su segundo hijo–. ¡Papá, voy a vivir en una residencia! Tengo que asegurarme de que no me falte nada. En especial, al estar lejos de casa.

Al alzar mi voz, algunas personas que nos rodean me miran con desinterés. Me encojo de hombros.

–¿Es necesario el cuadro que pintaste a los seis años? –se queja con su respiración agitada cuando nos alcanza.

–¡Claro que sí! Es un recuerdo de mi infancia.

–Te has traído todo tu armario, cuando nos visites no tendrás ropa que usar –se queja mi madre.

–¡También tus óleos y pinceles! No podrás pintar cuando regreses –se suma mi padre y me detengo en seco cuando llegamos a la puerta de la residencia número ocho.

Ahora entiendo por dónde va la cosa. Van a extrañarme.

–Estaré bien. –Me acerco para darles un abrazo a cada uno y les sonrío–. Además, prometieron visitarme el fin de semana que viene.

–Eso no quita que te extrañaremos mucho, Sid –suspira mi madre en un abrazo de oso que por poco no me quita la respiración.

–Yo también los voy a extrañar.

La residencia número ocho está aislada del resto. ¿Por qué? Porque es la más nueva. Porque aquí envían a todos los novatos; a los

de primer año. Además, tiene la particularidad de ser una residencia mixta. Hay habitaciones para hombres y para mujeres. Incluso, se puede pedir una habitación compartida para ambos géneros. En ese caso, se firma un acuerdo entre las familias para demostrar que lo “aprueban”. A mí, sinceramente, me parece ridículo que las familias tengan que aprobar dónde dormirá su hijo de dieciocho años de edad, pero bueno... Así son las cosas por aquí.

Mis padres se encargan de subir mis cosas por el elevador mientras que espero detrás de un chico bajito para registrarme en la recepción. Tengo que dar aviso de mi llegada y me tienen que entregar la llave de la habitación.

–Buenos días, bienvenida a la residencia número ocho. ¿Cuál es tu nombre? –me pregunta el joven castaño ubicado detrás del mostrador una vez que avanzo en la fila y es mi turno de registrarme.

–¡Hola! Soy Sídney, ¿y tú?

Mi sonrisa se le contagia y se ríe.

–Hola Sídney, soy Wren. ¿Podrías decirme tu apellido, por favor?

–Jones. Sídney Jones.

Escribe en su computador y mis ojos se dirigen hacia su vestimenta. Lleva puesta una camiseta básica negra con el logo de una serie.

–Me encanta *Los 100*, es de mis favoritas –le comento a la par que entrega un papel para que firme.

Él me dedica otra sonrisa, esta vez parece genuina.

–¡Gracias! Eres la primera persona en comentar algo sobre mi camiseta. Todos los días la cambio por una serie distinta.

–Entonces, estaré atenta.

–Bueno, tendrías que firmar en la primera y última hoja. –Una vez que se los entrego, me tiende otros papeles–. Estos son el reglamento

universitario y las normas de comunidad residenciales. Te recomiendo leerlos cuando ya estés acomodada en tu habitación. –Se agacha a buscar algo y acto seguido me entrega una tarjeta–. Esta es tu llave, te toca la 204 en el segundo piso.

–¡Muchas gracias, Wren! –Tomo los papeles y la tarjeta emocionada–. ¿Sabes si mi compañera ya ha llegado?

El castaño dirige su atención al monitor de su computador en busca de una respuesta hacia mi pregunta y niega con la cabeza.

–De momento no aparece registrada en el sistema para esa habitación así que no, todavía no ha llegado.

–Está bien... ¿Algo más que deba saber?

–Cuando se queden sin papel higiénico pueden pedirme –me dedica otra sonrisa y luego observa a su alrededor para susurrarme–. También, pueden pedir preservativos.

Siento una oleada de calor repentina que corre por mi espalda hasta llegar a mis mejillas. Agradezco que mis padres se encuentren en la fila del elevador y no aquí conmigo.

–Es bueno saberlo –me río negando con la cabeza–. ¡Nos vemos, Wren!

–Nos vemos, Sídney –me responde riéndose y procede a ayudar al próximo en la fila.

Una vez que me acerco a mis padres, el elevador llega para que podamos cargarlo y subirnos en él.

–Mira, si hasta parece que te estaba esperando –bromea mi papá.

Una vez que llegamos al piso, busco con mi mirada la habitación y no tardo en encontrarla. Se me ocurren mil formas de decorar la puerta para que sea única y distinguible. Sonrío.

–¡Está aquí! Habitación 204. –Ingreso la tarjeta sin pensarlo dos veces y, al abrir la puerta, enciendo la luz.

La habitación no es espaciosa, pero tampoco está nada mal. Primero, en el pequeño recibidor hay un apartado para colgar abrigos. A la derecha hay una puerta hacia el baño que tiene una ducha. Recuerdo que tuve que despertarme a las seis de la mañana para inscribirme en una de estas habitaciones a tiempo. Hay otras habitaciones residenciales que no tienen ducha propia y tienen que utilizar las comunitarias del edificio. A ver, no está mal, pero prefería tener una para mí.

Los muebles llegaron anoche y se ve que los organizaron por nosotras. No me puedo quejar, hicieron el trabajo duro.

En la habitación hay un ventanal en medio y, debajo, una cómoda de color crema que supongo que será para compartir con mi compañera. En la pared izquierda se encuentra mi cama con un edredón lila y mi escritorio. Es blanco y tiene el espacio justo y necesario para guardar material escolar. A la derecha, la cama de mi compañera resalta por su edredón amarillo fosforescente. En frente a mi escritorio está su tocador con luces led. Me extraña que no tenga un escritorio y deberé preguntarle al respecto cuando la conozca.

Eso es todo, literalmente. Ojalá tuviera espacio para más cosas.

–Bueno, no está nada mal. –Doy un salto y me tumbo sobre mi cama sonriente. Hay que estrenarla.

–En internet no parecía tan pequeña... –comenta mi mamá inspeccionando cada hueco libre de la habitación como si fuese a encontrar una puerta secreta.

–A mí me parece fantástico. No necesita más cosas, se supone que viene a estudiar –se burla mi padre mientras que se observa descaradamente en el espejo de mi compañera.

–¿Necesitas ayuda para desempacar tus maletas? –me pregunta mi madre porque no quiere irse ni dejarme sola.

–Creo que sobreviviré. –Le sonrío y me levanto para despedirme. Es en estos momentos donde deseo que Phoebe nos interrumpa para evitar una despedida empalagosa.

De momento, solo sé dos cosas sobre ella:

1. *Su nombre es Phoebe Stuart.*

2. *Le gustan los colores vibrantes.*

Tengo suerte de compartir la segunda cosa con ella.

–¿Segura que puedes con todo? –Mi padre se apoya en la puerta y suspira.

–Segurísima. Gracias por ayudarme. –Me acerco y los saludo con un abrazo a cada uno.

Diez minutos más tarde, me encuentro desempacando mis cuadros sobre la cama. Tendría que debatir con mi compañera dónde vamos a colgarlos.

Hablando de compañeras, la puerta se abre de par en par y una chica de estatura media me sonrío. Es la misma chica que vi hace un rato en el campus hablando con una de las representantes de una hermandad.

Su cabello rojizo cereza es lacio y cae sobre sus hombros con delicadeza hasta llegar a su cintura. Hace el contraste perfecto con su piel porcelana y ojos café oscuros. Está vestida con una camiseta ajustada rosa y un jean de tiro bajo que deja a la vista un tatuaje en forma de estrella sobre su cadera. ¿Quién se viste de esa forma para mudarse a una habitación universitaria?

–¡Hola! –me saluda sin disimular el darme un repaso rápido a la vez que se acerca a darme un beso en la mejilla–. Eres Simone, ¿verdad?

–Sídney. Imagino que eres Phoebe, ¿verdad? –me burlo sin tener intenciones de hacerlo. Su perfume floral invade la habitación por completo.

–Sí, encantada. –Me dedica una sonrisa vaga y observa alrededor—. ¿Así de pequeña es la habitación?

–Lamentablemente. –Me encojo de hombros—. Tengo un par de decoraciones para hacerla más acogedora, no sé si has traído algo de eso también...

–¿Ese cuadro es tu decoración? –se burla esta vez de mí y ambas nos reímos.

No sé si me cae bien o quiero asesinarla.

El cuadro abstracto de salpicaduras de pintura reposa sobre mi edredón.

–¿Te gusta? Lo pinté a los seis años.

–Sí, se nota.

Esta vez, una carcajada honesta sale de mi cuerpo y se une a mi risa.

–En fin, tengo hambre. ¿Quieres que asaltemos la cafetería? Dudo muchísimo tener fuerzas para ordenar si no tengo el estómago contento –admite buscando su cartera, decidida a ir conmigo o sin mí de todas formas.

¿Quiere desayunar y postergar el trabajo pesado? Empieza a caerme bien.

–¡Vamos!



Sábado por la noche: 21:22 p. m.

Hace un rato terminamos de ordenar y de decorar la habitación. Ya tiene vida. Llenamos la pared de posters y cuadros coloridos. En la cómoda designamos dos apartados para cada una. No es suficiente,

pero bastará hasta que compremos otra. En el recibidor dejamos las tarjetas que nos permiten ingresar y nuestros abrigos. La ducha está sobrecargada de productos para el cabello y cremas corporales. Ubicamos el refrigerador pequeño que me regalaron mis padres debajo de mi escritorio. Agradezco que Phoebe se compró un microondas. De esta forma, podremos sobrevivir a la experiencia universitaria a gusto.

Este último es de los pocos artefactos de cocina que permiten en las habitaciones y lo ubicamos sobre una repisa, junto con un televisor pequeño. La repisa nos tomó una hora y media construirla. Ninguna de las dos sabía hacerlo y la madre insoportable de la pelirroja teñida tenía que irse a clases de pilates, por ende, no supo ni quiso ayudarnos. Apareció cuando estábamos desayunando en la cafetería porque extrañaba a su hija y no quería soltarla tan rápido. Se sumó a nuestra conversación y luego volvimos a la habitación para ordenarla.

En medio del caos, buscamos una máquina expendedora en nuestro edificio. Necesitábamos energías y recurrimos a las papas fritas. Y, ese grave error, me transporta a donde estoy ahora. Solo quería deshacerme de la bolsa de frituras en el basurero comunitario de nuestro piso, no quería ver a Drake Mendler.

Me dio tiempo a encerrarme en mi habitación y a que no me vea.

–Sid, parece que viste un fantasma.

La voz de Phoebe me distrae y suspiro.

–No, vi a mi ex.

–¿Aquí? ¿En la universidad? ¿Te ha visto? ¡Qué horror! –se queja dramáticamente.

En unas pocas horas aprendí que es una *drama queen* con todas las letras.

–No, estaba de espaldas. Y no es mi ex, digo que es mi ex porque fue lo más cercano que estuve alguna vez de tener pareja.

Necesitaba aclararlo.

–¿Qué fueron entonces?

Nada. No fuimos nada.

–Amigos con derechos que aprovechaban cada oportunidad que tenían para estar juntos. –Me encojo de hombros resignada.

–Y te enamoraste de él...

Sí, caí en su trampa.

Caí en su trampa y me enamoré de él.

Capítulo 3

Drake

Domingo.

El día está nublado y no hay demasiadas cosas para hacer. La mayoría de los estudiantes se están adaptando para el comienzo de clases. Ayer hice el trabajo sucio, hoy toca relajarse.

En la secundaria aprendí a jugar fútbol americano. Nunca fue mi idea principal, pero, al ver que todos mis amigos se anotaban, no quería quedarme atrás. Para mi suerte, esos fueron los cimientos de mi futuro. Hace unos años no tenía idea de qué quería hacer con mi vida y el deporte siempre estuvo ahí; señalándome el camino a seguir.

Por este motivo me encuentro recorriendo el estadio de la Universidad de Kentucky. A finales de curso, un representante del equipo apareció en la escuela para reclutar jugadores y ofrecerles una beca completa. Tuve la suerte de ser uno de los seleccionados junto con Ryle.

Escoger mi especialización fue lo más complicado. Sé que se